

sozan una perspectiva que se despega de la fábula de un estado narcisista originario del ser humano, en beneficio de la única concepción sostenible del narcisismo, que es entenderlo ligado a una introyección del objeto total. Pero, por otra parte, un poco como en Balint, el plegamiento amenaza nuevamente porque todo el desarrollo es colocado bajo el signo explícito y único de la diada amor-odio, sin que se diga una palabra acerca de la autoconservación.

LAPLANCHE (pp. 86-92)

VIII. Hacer su lugar a la psicología del niño

Una perspectiva sana sobre la especificidad del psicoanálisis, sobre la relación del campo psicoanalítico con el campo psicológico y sobre el primer desarrollo del ser humano padece gravemente por la omisión de distinguir el dominio de la sexualidad y el de las adaptaciones psicofisiológicas primeras, lo que Freud llamaba autoconservación antes de abandonarlo él mismo en su pensamiento.

Frente a esta aporía que nos ha dejado Freud, frente a este recubrimiento, a esta recaída operada por él en su teoría, la reacción más radical es sin duda separar la línea psicoanalítica de toda psicología, sea en Balint o en los kleinianos en cierto modo, hasta, eventualmente, el repliegue sobre «el niño mítico» o «el niño psicoanalítico».

EL NIÑO
PSICOANALITICO,
¿NIÑO MÍTICO?
DISCUSION
DE A. GREEN

Esta es la línea de pensamiento de ciertos artículos del número 19 de la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* sobre «L'enfant».⁵² El artículo de André Green, «L'enfant modèle», va claramente en ese sentido de la retirada sobre «el niño

psicoanalítico», a la vez aquel de la situación analítica y el de la teoría. «Se desemboca necesariamente en la discusión cuyos términos han sido definidos por Anna Freud:

a Melanie Klein permanece, sin embargo, enteramente: la ausencia de distinción entre la relación de autoconservación y el par amor-odio le impide fundar sus posiciones tanto en relación con la metapsicología cuanto con relación a la biología. (Cf. Melanie Klein, «Les origines du transfert», *Revue Française de Psychanalyse*, vol. XLVII, n° 3, 1984, págs. 814-24.)

⁵² Primavera de 1979.

¿es el niño "real" aquel que construye, o reconstruye, el psicoanálisis? Responderemos sin equívoco: no. Pero será para afirmar, en cambio, que el rol del psicoanálisis no es reconstruir el niño real; más bien el niño mítico, la infancia mítica de un niño real, que, este sí, constituirá el objeto de la psicología del niño [vemos que surge la oposición entre mito-psicoanálisis y realidad-psicología]. Opondré entonces el niño verdadero del psicoanálisis —en el sentido en que Freud habla de verdad histórica— al niño real de la psicología. Por encima de ambos, el niño de la verdad material no podría ser otro que aquel de la conjunción del niño real de la psicología y el niño verdadero del psicoanálisis.⁵³ Ciertamente este movimiento debe ser calificado de sano o de saludable en la medida en que sitúa el campo del psicoanálisis, como conviene, a partir de una distinción frente a otro campo, el de la psicología. Pero nos parece que Green fracasa en la tarea de situar esta distinción en el lugar correcto. Sólo atina a reducir a la fuerza la psicología a una pseudo ciencia destinada exclusivamente a lo «real», sin ningún derecho a la hipótesis, sin posibilidad de recurrir, por ejemplo, a la hipótesis de la representación, noción central del psicoanálisis según Green. Si lo acompañamos un trecho de su camino, las cuestiones pululan bajo nuestros pies. En primer lugar, me parece que no lleva las cosas hasta el fondo en lo que toca a la concepción del niño mítico o representativo; en efecto, sería indispensable, por una parte, reconocer que —y el modo en que— el sujeto humano, el niño, se mitifica a sí mismo y, por otra parte, mantener empero la distinción entre esta auto-representación y la hipótesis científica. Más en general, nos parece que Green oscila entre dos criterios para delimitar el dominio propio del psicoanálisis: a veces se trata del inconsciente, y estamos en un todo de acuerdo en ello (aunque no se debe omitir caracterizarlo como propiamente sexual); y otras veces lo propio del análisis sería moverse en el campo de la representación; y aquí yo objeto que no se puede rehusar a la psicología el derecho a la secuencia heurística que es patrimonio de muchas otras ciencias: imaginario, hipótesis, verificación. Esta reducción de la psicología a una realidad sin verdad, a una suerte de empirismo impensable, sería en suma el precio

⁵³ *Ibid.*, pág. 45.

FOTOCOPIADORA
C.E.P.A.I.

Foto 77
WF
DF

a pagar (¡a hacer pagar por el otro, por la psicología!) para consolidar la autonomía del campo psicoanalítico. Esta reducción es palpable en otro pasaje que pretende diferenciar psicoanálisis y psicología según criterios no de objeto sino de método: «Hay que elegir entre lo sensible por una parte, lo imaginable y lo deducible por otra, aun cuando esta distinción ya esté conceptualmente superada en la medida en que lo sensible "puro" no existe más.

Digamos que hay que elegir entre las limitaciones impuestas por la objetivación y el inevitable "suplemento" aportado por la hipótesis heurística de base. El primer abordaje, que aspira al rigor, resulta, en el límite, mudo, en su deseo de no inferir nada; comoquiera que fuere, si es coherente consigo mismo, tiene que renunciar a aprehender cosa alguna de la representación psíquica. La segunda actitud, que tomará la representación por objeto, aceptará con toda lucidez ser conjetural, como lo es por definición la representación. Porque la especificidad de la representación consiste precisamente en no estar constreñida por las exigencias limitantes de lo real y en poseer esta cualidad esencial: hacer que lo posible advenga, por el solo juego de la psique.⁵⁴ La distinción entre el procedimiento psicológico y el psicoanalítico se debería entonces situar en esta triple

VACIAR
LA PSICOLOGIA:
UN RETORNO DEL
PAMPSICOANALITISMO

oposición: del lado de la psicología, lo sensible, la objetivación y la no inferencia; del lado del psicoanálisis, lo imaginable y lo deducible, las hipótesis heurísticas de base y tomar por objeto la representación psíquica. ¿Qué psicólogo, de la escuela que fuere, aceptaría la primera opción, es decir: no inferencia, objetivación, puro sensible? ¿Qué psicólogo de niños, podríamos preguntarnos, renunciaría a la hipótesis, a lo imaginario y a la deducción, y hasta al uso —como construcción hipotética— del término representación? Desde ese momento, vaciada la primera opción de todo cuanto pudiera constituir procedimiento científico, no hay otra ciencia, en el sentido de verdad, que el psicoanálisis, que se arrogaría la exclusividad de toda la segunda opción, incluidas las hipótesis heurísticas y la deducción. De suerte que a pesar de la intención de distinguir dos dominios, en lo cual estamos

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 41.

de acuerdo con Green, el otro dominio, el de la «psicología», queda reducido a una sombra, o a una pura empiria, lo que viene a ser lo mismo. ¿No habrá aquí un retorno del pampsicoanalitismo? A tal punto la recaída freudiana es sin cesar amenazante. El psicoanálisis es llamado conjetural por Green, pero el término plantea ambigüedades. Si se quiere decir que su objeto (en este caso la «representación») es construido, supuesto, no asequible directamente, ¿no es esto lo propio de toda ciencia? ¿Por qué rehusar la conjetura, en ese sentido, a la psicología? Pero, si se afirma que la representación «no está constreñida por las exigencias limitantes de lo real sino que posee esta cualidad esencial: que lo posible advenga», entramos en otro desarrollo, en aquel que concierne al poder autosimbolizante del ser humano. Queda entonces por reconocer que el psicoanálisis, como todo saber, procede por hipótesis, conjeturas o representaciones; pero que lo propio del psicoanálisis es proponerse por objeto al sujeto humano en tanto es el mismo auto-hipotético, auto-conjetural, auto-representante o auto-teorizante. Evidentemente hay un problema de distinción y de filiación entre estos dos niveles de la teorización, y no se trata pura y simplemente de confundirlos.

LA PSICOLOGIA
DEL LACTANTE:
FONDO MINIMO
PERO REAL
PARA EL
PSICOANALISIS

Felizmente, diremos —y pese a que el psicoanálisis intenta anexionarlo, infiltrarlo, reducirlo al mínimo indispensable—, una observación, un conocimiento de los comienzos de la conciencia humana se desarrolla. «Felizmente», porque el movimiento de recorte que

constituye aquí nuestro objeto, aquel que traza la génesis de la sexualidad, y que el conocimiento psicoanalítico renueva, sólo es posible sobre un fondo mínimo. Pero, en un conocimiento minucioso, que no se prive sin embargo de razonar ni de formular hipótesis y conjeturas, las primeras aproximaciones de los psicoanalistas, tanto como las racionalizaciones más o menos fundadas de un Piaget, ceden su lugar a un conocimiento más preciso de esas primeras relaciones con el mundo, con el ambiente animado o inanimado, parcial o total; en suma: con la evolución y el perfeccionamiento de esos montajes sensitivo-motores o perceptivo-motores, de este «equipamiento» del

FOTOCOPIADORA

I.F. C. E. ... C. E.

S/F
D/F



lactante, aun —y seguimos creyéndolo— si se trata de un equipamiento muy lagunoso. La psicología del lactante se desarrolla sin la hipótesis contradictoria del narcisismo primario, incluso si, de tiempo en tiempo, se cree aún obligada a dar sombrerazos ante lo que cree que es el psicoanálisis. De esta descripción del pequeño ser humano, ya Lagache trazaba el plan, denunciando lo que llamaba las afirmaciones «temerarias» concernientes a una supuesta indiferenciación:

EL PROGRAMA
DE LAGACHE)

«La noción de diferenciación primaria es preferible a la de indiferenciación, más corrientemente adoptada. La indiferenciación [la del lactante por relación al ambiente] es sólo relativa, por comparación con los estadios ulteriores; no es absoluta, como lo dan a entender ciertas fórmulas temerarias, por ejemplo, la ausencia de conciencia, la ausencia de sujeto, de objeto y, por consiguiente, de relaciones de objeto. La diferenciación primaria está demostrada por la existencia de aparatos que aseguran al sujeto un mínimo de autonomía: aparatos de la percepción, de la motricidad, de la memoria, umbrales de descarga de necesidades y afectos; estos aparatos sirven a la gratificación de las pulsiones y son también las garantías primarias de ajuste al ambiente; preexistentes al conflicto, pueden participar en él como factores independientes... [y he aquí una de las reflexiones de base de Lagache con respecto a esta supuesta ausencia de conciencia en el lactante, o indiferenciación:] Se niega la evidencia cuando se pretende que el recién nacido no tiene experiencias conscientes, siendo que él alterna entre el dormir y la vigilia [si todo no fuera más que un estado narcisista que tuviera justamente el dormir por prototipo, ¿qué significaría esta alternancia?]. Estas experiencias conscientes son, sobre todo, experiencias de estados y de actos corporales, es decir que reposan principalmente en recepciones interoceptivas y propioceptivas. Pero el niño no está encerrado en su subjetividad. Es difícil concebir la relación del recién nacido con el pecho si no es como la relación de un sujeto con un objeto: sin existir en tanto estructura cognitiva, el sujeto funciona y se actualiza sucesivamente en las necesidades que lo despiertan y motivan, en los actos de orientación y, después, de consumación que lo apaciguan y adormecen; del mismo modo, el pecho y la leche cumplen su función de objeto mucho

antes de que haya conciencia posicional del objeto».⁵⁵ Evidentemente, percibimos a Lagache marcado por *lo más positivo* de la fenomenología, incluso si no utiliza su jerga: la ausencia de una conciencia «tética» del objeto y del sujeto no supone empero la ausencia de relación sujeto-objeto, es decir, de una conciencia «no tética».

Entendámonos bien: parecemos oscilar entre dos totalitarismos que aparecen ineluctables, excluyentes el uno del otro: el del niño psicoanalítico, llamado mítico (es conocida nuestra desconfianza hacia ese término), y el del niño psicológico observable, objeto de construcciones científicas. El problema, entre estas dos pretensiones hegemónicas, es por supuesto que en realidad ambas se intrincan o más bien se recubren, como precisamente lo hacen autoconservación y sexualidad. De modo que uno y otro, el niño «mítico» del psicoanálisis y el niño de la psicología, son en ese sentido abstracciones. Pero no se puede negar tampoco que el abordaje del uno no coincide con el abordaje del otro. Se nos dice, indudablemente: es

OBSERVACION
E INFERENCIA
EN PSICOLOGIA Y
EN PSICOANALISIS

la situación experimental la que alcanza al niño psicológico, situación cuyo artificio conocemos. El niño psicoanalítico no es accesible más que en situación analítica, incluso si se trata de la situación del análisis de niños. Pero, entre ambos, dominio común o *no man's land*, tenemos la observación, que alternadamente se puede orientar hacia los grandes aparatos y montajes adaptativos o hacia el nacimiento de lo «psicoanalítico» en la relación espontánea: no es otra cosa lo que hace Melanie Klein en su artículo ya citado: «Observando la conducta del bebé».

No reneguemos entonces de la observación psicoanalítica. Existe también aquella de Freud concerniente al juego del *fort-da*: no es una situación psicoanalítica como la del «pequeño Hans». No busquemos la diferencia entre una observación psicoanalítica y una observación psicológica en el hecho de que una sea indirecta; la psicoanalítica, y la otra, no. Ambas son indirectas porque no hay

⁵⁵ D. Lagache, «La psychanalyse et la structure de la personnalité» (1961), en *OEuvres IV: Aggressivité, structure de la personnalité et autres travaux*, Paris: PUF, 1982, págs. 200-1. Entre corchetes, comentarios de Jean Laplanche.

observación que merezca ese nombre si se priva de hipótesis, verificadas sólo de manera indirecta. Pero repetiremos que la observación psicoanalítica es doblemente indirecta: 1) como toda tentativa de saber y de conocer, y 2) porque su objeto es el mismo (indirecto). Para mostrarlo no se puede hacer nada mejor que introducir la noción de tiempo y lo que constituye su especificidad en psicoanálisis: lo que llamamos el après-coup. El après-coup es un funcionamiento en dos tiempos, del cual ninguno es registrable por sí mismo. La evolución, los retrocesos, las mutaciones de una evolución perceptiva se pueden seguir paso a paso, inclusive si hay fenómenos de ruptura, de cambio de función, de recaptura, etc. Pero si es verdad que hacen falta siempre dos traumatismos para constituir un traumatismo, dos tiempos distintos para constituir una represión, esto equivale a decir que la represión originaria, o bien el traumatismo, nunca pueden ser señalados con el dedo en una observación, incluso analítica. La observación analítica está destinada, no por el hecho de no sabemos qué desdicha metafísica, sino por el tipo mismo de este objeto en dos tiempos, a situarse siempre y por definición o demasiado temprano o demasiado tarde. A los procesos analíticos, por naturaleza, sólo se los puede cercar y enmarcar. Una de las personas que, en mi opinión, lo hace mejor es Silvia Bleichmar en su trabajo *Aux origines du sujet psychique dans la clinique psychanalytique de l'enfant*,⁵⁶ que intenta precisamente enmarcar, por la clínica, hipótesis teóricas fundamentales: «Los tiempos míticos no son construcciones, son movimientos reales de estructuración del sujeto psíquico que, aun cuando no podamos capturar en su subjetividad, podemos cercar como se cerca un elemento en la tabla periódica de Mendeleiev... Tal vez no podemos tocarlo, ni verlo, pero sí podemos conocer su peso específico, su densidad, su efecto, su combinatoria».⁵⁷

⁵⁶ París: PUF, 1985. [Ed. en castellano: *En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1986.]

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 9 [pág. 36.]

